

Socialdemocracia: Macroconcepto y Aspiración Social

Francisco Montfort Guillén

1.- Planteamiento

El Partido Revolucionario Institucional decidió formalizar un cambio en su autodefinición como organización política en relación con su oferta ideológica. El PRI es ahora un partido oficialmente socialdemócrata. Esta definición abre un sin número de interrogantes. Unas, sobre la viabilidad de hacer efectiva, en su práctica, esta alternativa. Otras, sobre la presencia, evolución e influencia de la ideología socialdemócrata en México. Unas y otras, por su número y profundidad, desbordan las posibilidades de analizarlas en este trabajo. Existe, sin embargo, una posibilidad de cruzar ambos grupos de interrogantes y tocarlos, así sea de manera tangencial. Un mínimo acercamiento teórico e histórico no resolverá las cuestiones suscitadas con esta decisión del partido más importante del siglo XX mexicano, pero puede iluminar los árboles de este espeso bosque y mostrarnos sus siluetas.

Podemos partir de una constatación casi banal de nuestra realidad contemporánea. Los partidos políticos de nuestro país son organizaciones guiadas por un eficaz pragmatismo (aunque poco eficiente) y han menospreciado el trabajo teórico; refugiado, éste, en espacios universitarios desvinculados de la *praxis* política. Esta ruptura entre teoría y práctica ha provocado graves equivocaciones y profundas frustraciones entre los hombres de la política y los hombres de las ideas. Paradójicamente, los mayores avances en uno y otro ámbito los han aportado, en su mayor parte, aquellos personajes cuya vida pública entremezclaba la teoría y la *praxis* política, sobre manera, en el campo de lo que hoy se conoce como socialdemócrata o democracia social, pensamiento refinado de la llamada cultura occidental.

2.- Desafío

Pensar la socialdemocracia en México exige realizar, previamente, un esfuerzo para plantearnos una reforma de nuestra manera de pensar. Ésta no es una postura intelectual. Es, por sobre todas las cosas, una exigencia de la crisis

que vive nuestra sociedad, política y civil, en todos los órdenes. Debemos reconocer la necesidad de transitar de la conciencia de la crisis, a la crisis de la conciencia. Sin este reconocimiento nuestros pasos serán evasivos de la realidad lacerante de nuestros días. Para pensar nuestro presente, sin amarguras ni descalificaciones, requerimos aceptar, plenamente, que lo que nos desune es lo que nos une: la diversidad y pluralidad de ideas complementarias.

¿Cómo está constituido el corazón de ese macroconcepto, de esa búsqueda de perfección, de ese anhelo de irrealidad llamado socialdemocracia? El núcleo duro lo conforman ideales y prácticas con su propio espíritu, lógica y accionar, con fuerza suficiente para expandirse, dominar o cuando menos parasitar a otros ideales y prácticas, entre ellos asociados, contrarios o contrapuestos y, sin embargo, complementarios. Estos ideales son el fruto de la Ilustración, del Capitalismo, teoría y práctica de un nuevo proceso civilizatorio, de una nueva cultura. La libertad en primer término, como anhelo y forma de vida frente a la iglesia, la religión y del dominio político del soberano autoritario. La igualdad, como reclamo justo, exigencia revolucionaria de nuevos y masivos actores sociales. La fraternidad en tanto herencia civilizatoria, religiosa y laica, para armonizar la vida colectiva, societal y/o comunitaria.

Pero la complejidad del tejido oculto de la idea socialdemócrata contiene otros hilos igualmente poderosos, fuertes, insustituibles. Otra idea faro, polisémica, transformadora y estabilizadora da forma y contenido a aquella: la Democracia, que es una conformación organizacional del acceso y del ejercicio del poder político, cuya fuerza ideal se disemina por todos los campos de la vida social y la psicología de los individuos.

De manera menos evidente, pero no menos poderosa, complementan y contradicen a la democracia las ideas de progreso y de modernidad. Precisamente, la socialdemocracia es una propuesta para alcanzar de mejor manera el bienestar colectivo, el desarrollo sustentado en ideas, conductas y comportamientos propios al mejor funcionamiento del modo de producción capitalista. Y a estas dificultades agregaremos la no menos importante de la

tensión en la teoría y práctica de la revolución y la reforma, matriz de la conflictualidad derivada del papel del Estado. Subyacen en el entramado otros conceptos clave, similares a los expresados en densidad, y así mismo, con sus propias fortalezas y vida propia. Socialismo y, sobre todo, liberalismo, este último concepto matriz del mundo moderno frente a la desaparición del mundo medieval eurooccidental. Así pues, para mejor entender la propuesta socialdemócrata requerimos de un esfuerzo intelectual para re-aprender a ligar o religar los conceptos antes mencionados, reconocer sus aportaciones, sus límites, sus complementariedades. Sin una idea clara del significado y articulación de estos conceptos, su puesta en práctica mediante la política se dificulta enormemente.

La socialdemocracia es una ideología política: un discurso que propone dar un sentido a la vida social, orientar sus acciones, encaminar legítimamente la acción común y ofrecer un significado a las prácticas de la sociedad como propone Pierre Ansart (1974). Y aunque tiene la apariencia de la claridad, este discurso, como otros, disimula lo esencial de su verdad, es decir, oculta los intereses específicos del grupo social que lo detenta y sus deseos de imponer sus objetivos a sus competidores y a toda la sociedad. Es la función de la ideología, ingrediente insustituible de la acción política.

¿Cómo se ha ido construyendo esta ideología política? No sin reduccionismos y ambigüedades, la socialdemocracia puede ser caracterizada como el discurso, la propuesta de corrección de los males y excesos del capitalismo embrionario, modo de producción conducido por una clase social dominante: la burguesía, cuyo accionar lo sustenta otra ideología igualmente poderosa: el liberalismo.

3.- Orígenes y Aportaciones: la “conspiración de los iguales”

El desfundamiento del mundo feudal y la aparición del capitalismo provocó, en algunos actores de la época, una preocupación por resolver los males sociales provocados por este cambio de civilización. Para ellos, la causa era la exagerada desigualdad en la distribución de bienes y servicios materiales.

Buscaron modificar, primero, la organización social. Las ideas socialistas surgen de la base de una realidad social y busca ascender al poder para mejorar las condiciones de vida de los excluidos, los olvidados, los condenados por un nuevo modo de producir y distribuir la riqueza social. Después enfilaron sus críticas al poder del Estado. Esta última tarea se convirtió en su mayor propósito.

Para resumir la extensa génesis de las ideas socialistas, sigamos palmo a palmo las ideas de J. Berlin (1998). La crítica a la concentración excesiva de las riquezas no es exclusiva de la modernidad ni de los socialistas. Platón y sus seguidores propusieron la abolición de la propiedad privada. Zenón, fundador del estoicismo realizó la crítica política al Estado y al derecho de propiedad, propugnó por el anarquismo. Las utopías antiguas y modernas proponen la propiedad comunal y la supresión del Estado. En el siglo XVIII lo mismo el abate Mably que Morelly clamaron por desaparecer la propiedad privada, construir la propiedad comunal de los medios de producción. También Voltaire, Diderot, Helvetius, Rousseau criticaron la desigualdad y la propiedad privada.

La Revolución Francesa declara como derecho sagrado la propiedad privada. Críticos de la Revolución liderados por Babeuf propusieron su rectificación y el aseguramiento de la igualdad económica, abolir la propiedad privada y transferir las riquezas a la comunidad: construir una república comunista.

Sin ser considerado propiamente como el fundador del socialismo, el conde Henri de Saint-Simon aportó las primeras ideas a esta causa. No era demócrata, ni liberal ni creía en el progreso lineal. Pero es el primero en plantear la vinculación progreso/desintegración/retroceso; el progreso entendido como desarrollo de instituciones promotoras y encauzadoras del desenvolvimiento tecnológico; creía en la interacción de fuerzas económicas y de las clases sociales con sus conflictos; él identificaba los líderes de la sociedad moderna: eran los industriales, banqueros, técnicos, científicos. Luchó contra la miseria y la injusticia creadas por el desempleo y en contra de la ineficacia y la indolencia, en tanto los consideraba los peores pecados. Promovió la organización y la planificación racional; creía en la distribución

racional de bienes y servicios, educación e investigación científica. Creía en el gobierno tecnocrático, único capaz de entender los cambios y su sentido en la sociedad capitalista.

Saint-Simon, de cuna aristócrata y hombre de mundo, es el pensador de la producción y la distribución planificada, pero con base en la propiedad privada, de la sociedad industrial. Sus seguidores Enfantin y Bazard recomendaron la abolición de la herencia como medio para poner fin a la propiedad privada.

Charles Fourier, de clase media baja, luchó contra la brutal explotación humana del primer capitalismo. Identificó como su mal mayor a la competencia. Analizó la contradicción entre la generación de una gran riqueza y una mayor pobreza, fruto de los avances tecnológicos; entre la amabilidad de las relaciones patriarcales y la dureza de las relaciones sociales; la obsolencia planificada para obtener mayores ganancias; la ruina de los muchos como propósito de la competencia; propugnó por sociedades mutualistas; por el trabajo con significado; por el diseño de multifamiliares para 800 familias (falanges o falansterios) como grupos cooperativos. Su pensamiento se puso en práctica en Estados Unidos y fue una de las bases del New Deal de Roosevelt en 1932; También influyó en Rusia con el ideal de “una sociedad” armoniosa e igualitaria de productores “y libre de despotismos de la burocracia y de la policía”. En Francia influyó sobre Proudhon y sobre el sindicalismo apolítico y el movimiento cooperativista. Puso énfasis en las virtudes de la asociación, desarrollo vocacional, psicología industrial, centralización y racionalización de la vida económica en cooperativas autosuficientes. Ch. Fourier estaba por la conversión moral y la paz social, la colaboración entre las clases sociales, por el fomento, extensión, crecimiento de la propiedad privada y rechazaba rotundamente el comunismo y los métodos revolucionarios.

En Inglaterra, Robert Owen, industrial, hombre de empresas, pragmático, administró sus hilanderas con salarios mínimos, sistema de servicios sociales: servicios de salud, trabajo con base en honestidad y confianza, planificación vocacional y humanitaria para terminar proponiendo la abolición de la propiedad privada (generadora de miseria, ignorancia y competencia). A este

galés se deben las propuestas más avanzadas de organización de las relaciones amorosas que incluían “el ateísmo, el colectivismo mediante la asociación libre y el amor liberado del nexo matrimonial (Ibíd.)”. También propuso modelos de multifamiliares (paralelogramos) servicios educativos, seguros sociales y otras ideas básicas del movimiento cooperativo. Es bajo su influencia que aparece por vez primera el término socialismo como designación general de “solidaridad comunal frente a la ganancia privada”.

La tradición inglesa, socialista y nacionalista, es extensa y profunda. Thomas Spence reivindica, contra las grandes propiedades, la propiedad comunal de las parroquias. William Ogilvie condena a los “filibusteros”, grandes terratenientes con tierras ociosas. Precursores del marxismo fueron Charles Hall, crítico de la desigualdad distribución de los frutos del trabajo, gracias a la protección de los empresarios por el Estado y de la educación que tiende a justificar esta desigualdad. William Thompson exhibió el derecho del trabajador a disfrutar de todos los productos de su trabajo versus la demanda de libertad económica; es el creador del término plusvalía, como productividad creada por las máquinas. Thomas Hodgskin, promotor del control de la propiedad privada, no de su abolición, mediante la promoción de los patrones o gerentes. J. F. Bray se lanza contra la competencia en la producción que busca el beneficio privado y no la utilidad social. William Golden, padre del anarquismo inglés, quien sostiene la idea de distribuir los recursos con una ética racionalista (que cada quien tome lo justo debido) forma el núcleo de pensadores que anticipan el marxismo: condena a la “explotación del hombre por el hombre, la plusvalía, distribución del poder político, la sobredeterminación económica sobre la educación y la moral; los problemas del laissez-faire desenfrenado”.

Las ideas revolucionarias socialistas emergen en Francia. El momento clave es la revolución originaria de la Comuna de París, teoría y acción unísonas, amalgamadas, mutuamente recargadas. Louis Blanc propone: ni la persuasión ni la violencia pueden transformar el Estado, por su enorme poder de control y coerción. Revolución y reforma fracasan sin considerar el Estado. Para transformar la sociedad es necesario destruir la competición desenfrenada, la ley de la selva; el orden capitalista tiene que ser transformado. Solución: el

Estado debe ser convertido en instrumento de liberación y progreso; el Estado debe crear negocios, industrias, fábricas, bancos: empresas como modelos a seguir, suma de honestidad, eficiencia, eficacia, productividad. No se trata de una nacionalización generalizada, sino modélica. Es decir: promover la transición de un limitado y modélico capitalismo estatal hacia un generalizado capitalismo de Estado.

Con Konstantin Pécqueur inicia el surgimiento de la concepción completa del socialismo. Lucha en contra del nacionalismo limitante del capitalismo y de la libre asociación de todos los trabajadores del mundo. Propone la abolición de la herencia, el privilegio, el prejuicio religioso y social; así como la superación de la lucha de clases. Étienne Cabet hace una propuesta de comunismo rígido y totalitario. El Estado propietario como eje central, y con el control político, en una sociedad de ciudadanos iguales, como él mismo lo intentó en Texas.

Auguste Blanqui es el revolucionario armado. Creía y ejercía el derrocamiento violento del “perdido orden” con una revolución organizada. Creía en el revolucionario profesional. Ateo, militante promotor de élites revolucionarias, creyente de la abolición de la propiedad privada, del aplastamiento de la burguesía y del orden existente. Proudhon, por su parte, no creía en el progreso lineal, sino en vaivenes producidos por las luchas de clases, con saltos revolucionarios en tanto elevación de los niveles de resolución de los problemas. Frente al ansia de riqueza capitalista propone un sistema colectivista comunista autoritario, con el control rígido de los ciudadanos, en interés de los proletariados, pero al mismo tiempo confía en el derecho limitado a una cantidad de propiedad privada y sus derechos inviolables de la familia y subordinación de la mujer para protegerse del Estado. Ciertamente, su idea de Estado no es totalitaria y confía en destruir la autoridad central mediante la cooperación económica privada.

Todas estas y otras ideas serán reformadas por el pensador más influyente de todas las épocas históricas. Karl Marx reelabora todo el pensamiento socialista y liberal. Su obra religa ciencia y filosofía, economía, política y sociología, teoría y práctica revolucionaria; teóricamente religa filosofía, economía y

socialismo de manera transdisciplinaria. Condena a todos los antecesores socialistas por utópicos y funda el “socialismo científico”. Obra monumental, su pensamiento aporta, entre otras genialidades, la idea de creación de un partido político. En la obra *La ideología alemana*, Marx y Engels ponen en claro el contenido de clase del Estado, teniendo como base de la vida social, la vida material o relaciones de producción; no es algo impuesto desde fuera, sino fruto de la misma sociedad, hecho que impide la ideología del bien común y del interés general en la conciliación de clases. El Estado, como expresión de la clase dominante debe ser suprimido. La república democrática, el censo electoral de los Estados modernos es una forma evolucionada del Estado burgués, pero como militantes y dirigentes revolucionarios, Marx y Engels desarrollan la teoría del Estado obrero, propio del modo de producción comunista, promotor del fin de la explotación del hombre por el hombre. Con el antecedente de la Revolución de 1848 y la Comuna de 1871 (El 18 Brumario de Louis Bonaparte); con las experiencias proudhomianas y lasallistas, Marx y Engels proponen la creación de un partido obrero como medio de transición hacia la formación de un Estado obrero y después su desaparición en la sociedad comunista. Su objetivo: la Revolución para destruir el estado burgués.

Esta es la lucha de la Primera Internacional: vencer las ideas de Proudhon, crear los partidos obreros revolucionarios. Y surgen. Pero no son revolucionarios. Son reformistas. Se diferencian los socialistas de los liberales y de los demócratas burgueses. El Estado reprime a los socialistas. El desorden impera. Surgen los terapistas del Estado frente a la era de las revoluciones. Ferdinand Lasalle funda hacia 1860 la Unión de Trabajadores Alemanes. Sostiene que los trabajadores sólo cuentan con ellos mismos y que mediante el partido, los trabajadores pueden reconquistar la organización del Estado; que es con métodos pacíficos como pueden reivindicar las demandas socialistas. La Primera Internacional (1864, cuando muere Lasalle), la Asociación Internacional de Hombres Trabajadores marca el inicio del socialismo moderno, formada por delegados de sindicatos y otras organizaciones obreras. Fundada por Marx, se enfrenta en ella al anarquismo del ruso Mijail Bakunin, quién se oponía a toda forma de control estatal. La Primera Internacional sucumbe en 1876. Surge en Alemania otro Partido Socialista, con seguidores de Marx. Se

unen a la agrupación de Lasalle y surge un Partido Socialdemócrata, temido por Bismark que en 1878 legisla para proscribirle.

En Francia, la Comuna es aplastada. La Segunda Internacional Socialista en 1889 surge cuando las condiciones de vida han mejorado notablemente. El PIB ya se reparte con una mayor proporción al trabajo que al Capital y a finales de siglo es 75 a 25 por ciento. Los trabajadores ya no buscan la revolución, sino integrarse equitativamente a la distribución de la riqueza. Pero no muere la tradición revolucionaria de corte marxista. En 1890 existían seis facciones del Partido Socialista en Francia; eran ateas, revolucionarias, internacionalistas; también, siguiendo a George Sorel, violentamente antiparlamentarias, enemigas de la democracia liberal; la huelga general sería su mito, bandera y creencia. Y todo esto a pesar de que los socialistas franceses habían sido los primeros en colocar diputados en el parlamento o Asamblea Nacional. En 1904 durante la Internacional Socialista y se reunificaron los socialistas franceses en el Partido Socialista de Francia.

En Inglaterra, la Federación Socialdemócrata de filiación marxista, y la Liga Socialista cedieron frente a la influencia de la Sociedad Fabiana, ésta última contraria a la revolución, pero favorecedora de un creciente control estatal y municipal, de un control de expertos racionales, de aliento a las sociedades anónimas como forma superior de organización social de la producción; creía, en fin, en la "inevitabilidad del progreso". En 1893 surge el Partido Laborista Independiente, marxista pero contrario a la revolución. Sindicalistas ingleses, promotores pacíficos de la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, y fabianos fundaron, en 1900, el Comité Representativo Laborista y de ahí surgirá el Partido Laborista Británico, que luchará por obtener el control político de los medios de producción vía el parlamentarismo pacífico.

En Alemania, A. Bebel y K. Kautsky defendían el marxismo, lucha de clases y revolución. El gradualismo, convertido por los marxistas en herejía revisionista, lo abanderó Eduard Bernstein; en la década de 1890 anunció la imposibilidad del cumplimiento de las profecías marxistas. Expuso con rigor una serie de cambios favorables para la sociedad y para los trabajadores; no creía en el

progreso lineal como inevitable, tampoco veía al Estado liberal como forzosamente enemigo de los trabajadores y alertó en contra del papel que jugarían las burocracias sindicales; alentaba las virtudes del sufragio universal y de la democracia social a la que se llegaría con el triunfo de los trabajadores vía parlamento. Para él, la solución de muchos males está en la expansión de la democracia. Creía en valores como la libertad, igualdad política y jurídica, seguridad económica e igualdad de oportunidades, internacionalismo, antiimperialismo y paz como los sostenían también muchos liberales, con los cuales podían hacerse alianzas, tal y como sucedía ya en los países escandinavos.

En Rusia el primer partido socialista fue liberal y se llamó Partido Socialdemócrata, fundado por Georgy Plejanov en 1898, que se dividirá por influencia de Lenin (los bolcheviques), quedándose Martov y Plejanov con el gradualismo de los mencheviques. Estos creían en la forzada e inevitable revolución burguesa y después la socialista. Lenin y Trotsky promovían la toma del poder por vía revolucionaria, evitar la revolución burguesa y construir el Estado obrero-socialista. El Partido, con mayúsculas, fue convertido en el eje y vértice del poder del Estado. Rompen con la Segunda Internacional por diferencias con Kautsky, quien criticaba la excesiva violencia de la minoría bolchevique. Inicia la época del terror totalitario de izquierda. Para 1928 Trotsky alienta la Cuarta Internacional que busca corregir los excesos estalinistas.

La influencia de estas ideas y movimientos en México, fue restringida, aunque tuvo expresiones en el siglo XIX como lo demostró don Gastón García Cantú. Pero en nuestro país, las luchas por el poder se efectuaron entre liberales y conservadores. El triunfo de los liberales significó el éxito del gobierno fuerte y personalizado, promotor del crecimiento capitalista con base en un concepto de propiedad privada que facilita el otorgamiento de privilegios para propietarios nacionales y extranjeros. Frente al caos de las interminables revueltas, se desdeñó la flexible estabilidad de la democracia y se adoptó, en tanto complemento del gobierno fuerte de un gran caudillo, la teoría intelectual que mejor se adaptaba a las necesidades del país, de acuerdo al grupo en el poder. El secretario particular del iniciador del socialismo francés, el aristócrata Saint-

Simón, fue un devorador de libros, lector incansable hasta la locura: Augusto Comte construye una obra portentosa cuya influencia, menos espectacular que la marxista, se dejará sentir inclusive hasta el día de hoy. Frente al negativismo de la revolución, A. Comte propone el positivismo derivado del orden y del progreso. Este será el sustento del porfirismo de manera abierta y oficial. Seguirá siéndolo, de forma latente y en la práctica, en el régimen de la Revolución Mexicana.

La ideología de la Revolución Mexicana es la promoción del desarrollo del capitalismo por vías distintas, pero continuadoras del porfirismo. El cambio central se produce en el sustento de las relaciones de propiedad. Con la Constitución de 1917 se da por terminada la propiedad privada sin límites, sustento de los privilegios. Se declara a la Nación como propietaria originaria de los recursos del país, y se concede al Estado la facultad de imponer modalidades a esa propiedad. Surge un Estado social, con los artículos 3°, 27° y 123 ° constitucional poderoso al extremo, por necesidades prácticas más que ideológicas, pero no personalizado en un caudillo, como lo mostraría la muerte de Álvaro Obregón en 1928. Se destruye la clase empresarial del porfiriato y se construye otra, desde el Estado y con recursos públicos, con diferentes métodos y cantidades y regiones; en una práctica que continúa hasta nuestros días.

La irrupción de las masas otorga un sentido social a las leyes y prácticas de los gobiernos. Pero estas reivindicaciones se hacen sin ninguna bandera ideológica de clase. Beneficia a los desprotegidos socialmente, pero las reformas también sirven para contener las ambiciones desmedidas de los favorecidos. No se conforma un gobierno o un partido de clase, sino una autoritaria y omnipresente, interclasista gerencia. Todos los grupos caben en el reparto, si respetan las reglas. El Estado es para todos, es el gran padre de rostros cambiantes y autoridades constantes, permanentes e incuestionadas. La definición de Vicente Lombardo Toledano, citada en el epígrafe de la obra *La ideología de la Revolución Mexicana*, de Arnaldo Córdova es precisa, esclarecedora:

El estado mexicano acepta la división de la sociedad en oprimidos y opresores; pero no quiere considerarse incluido en ningún grupo. Considera necesario elevar y proteger las condiciones actuales del proletariado, hasta colocarlo en situación semejante a la del capital, en la lucha de clases; pero quiere mantener intacta su libertad de acción y su poder, sin sumarse a ninguna de las clases contendientes, para seguir siendo el fiel de la balanza, el mediador y el juez de la vida social. (A. Córdova, 1973).

Con diferentes vaivenes y dificultades, esta situación no ha variado. El Estado mexicano hizo del orden y el progreso su guía, basado en la ideología propia de la poderosa clase dominante en todo el mundo: el nacionalismo. El gradualismo reformista fue aplicado con rigor durante todo el siglo XX y hoy continúa su accionar, aunque de manera más torpe y lenta. Las ideas marxistas no impactan de manera fundamental esta evolución. Desapareció la idea comunista/marxista; la izquierda socialdemócrata europea se modernizaba, cambiaba su rostro. Y en México, la democracia, a secas, no aparecía.

Lo hizo con el aliento de la izquierda, de la derecha, y del partido dominante. Y surge una cuestión importante, fundamental en nuestra vida política: ¿porqué la transición y la alternancia no se “realizó” en la continuidad simbólica, cultural y con los mismos personajes que proponía el rumbo “revolución institucional/revolución democrática? No es el lugar para responder esta pregunta. Pero puede presuponerse que entre el electorado mexicano no fue percibida esta alternativa como la mejor ni la más viable.

La idea socialdemócrata es incompatible con la idea de revolución, con los actos violentos del poder, con el desorden resultante del finiquito de las instituciones. La reivindicación de las clases desfavorecidas debe alentarse por medio de una relación indefinida a priori, tensa, conflictiva: Libertad e igualdad se nutren mutuamente, pero tienen dinámicas propias que sin control, las llevan a expandirse a expensas de su contraparte. Su equilibrio, siempre frágil, transitorio, inestable sólo puede producirse en un régimen democrático: ni gobierno de notables (por muy protodemocráticos que sean) ni de una persona

(por muy iluminada y honesta que se sienta). La democracia es un poder ascendente, legitimado por elecciones, no por herencias o méritos (el poder se transmite de abajo hacia arriba); es el régimen de la autonomía; de la suma de decisiones individuales electorales y por eso la soberanía no está en el pueblo, sino en los ciudadanos. La raíz de la democracia es la isonomía, igualdad ante la ley, y su fin es restablecer, cuando desaparece, la igualdad de condiciones y de oportunidades. Pero también es el régimen de las libertades. No existe régimen democrático que no sea liberal, promotor de las libertades civiles. Estas son las características de acuerdo con Norberto Bobbio.

La socialdemocracia se define hoy no sólo por su reformismo pacífico y su preocupación por la igualdad. Debe defender con la misma pasión la libertad. También requiere de una idea específica de progreso, pues el desarrollo es un fenómeno distinto a la democracia. Y no puede dejar de formular una explicación, una teoría de las formas de conducta, de comportamientos basados en valores funcionales y aspiracionales a los rigores, limitaciones y anhelos de mejor equidad, igualdad y fraternidad. Y resulta que estas tareas intelectuales de crítica al pasado y de propuestas al futuro, no la han realizado las formaciones de izquierda socialista. No se ha tomado posición sobre el sistema realmente existente.

En primer lugar, requiere esclarecer sus responsabilidades en la ausencia de una equitativa distribución de la riqueza y de un verdadero Estado de derecho. Prosigue la cultura de producir en profusión leyes, la mayor parte mal hechas y casi ninguna cumplida por el mismo Estado, sus gobiernos, sus funcionarios, sus empleados. Tampoco tiene una oferta consistente para construir ese basamento de leyes y conductas sin los cuales democracia, desarrollo y modernidad son palabras huecas, sin anclaje en la realidad. Sin Estado sometido a la ley, no existe socialdemocracia, ni proyecto liberal auténtico.

En segundo lugar requiere la socialdemocracia hacer dialogar, como propone E. Morin, la *real politik* con la *ideal politik*. Adaptarse a la realidad (realismo), pero estar al servicio de un ideal (idealismo), no para ofrecer “el mejor de los mundos”, pero si para construir un “mundo mejor”. Ni adaptarse a lo inmediato,

ni sustraerse a las restricciones de la realidad: esclarecer la complejidad, y complicaciones de transformar una realidad que desfavorece a los “condenados de la tierra”.

En tercer término, la sociedad mexicana está urgida de una promoción creíble de la autoética de cada individuo, sin la cual la autonomía, sangre vital del flujo democrático, se desvirtúa. La socialdemocracia requiere, pues, posicionar una ética política, de rostro humano, que restaure el sujeto responsable, con el cual se abre la vía a “la exigencia del auto-examen, la conciencia de la responsabilidad personal, y asumir la autonomía de la ética”. Esta es la exigencia ciudadana: “si no pueden, renuncien”.

De acuerdo con E. Morin las ideas guía serían:

- 1) La ética de la realianza: promover lo que une, asocia, fraternaliza, solidariza para disminuir todo aquello que fragmenta, desune, disloca, encierra.
- 2) La ética del debate, práctica de la institución democrática, filosófica y política para que se premie la argumentación y se rechace la anatemización y los medios viles y serviles, desprecios, insultos y juicios de autoridad.
- 3) La ética de la comprensión, en tanto complemento de la explicación, para conocer al sujeto (uno mismo y el otro) y rehumanizar el conocimiento político.
- 4) La ética de la magnanimidad para contraponer la ética de la venganza, del castigo o punición y pensar en la clemencia, la justicia, la generosidad y detener la barbarie y sus odios implacables.
- 5) La incitación de la buena voluntad para entreasociar a todos los que buscan o el bien común, o el bienestar colectivo, o la justicia social.

- 6) La ética de la resistencia como repuesta al totalitarismo (nazifacista, comunista, pinochetista), al autoritarismo y a toda forma de barbarie.

No se trata de reducir la ética a la política y viceversa, sino de recuperar los ideales del socialismo democrático y liberal, y conducir una nueva etapa civilizatoria de la sociedad mexicana en medio de la incertidumbre democrática. Desde esta base puede pensarse más libremente la idea y la práctica del desarrollo sobre una idea compleja de competitividad, diseñando el papel de la tecnocracia gubernamental, tan indispensable como la “clase política” y de las conductas y valores de los ciudadanos que actúan en la sociedad política o en la sociedad civil. La izquierda siempre ha propuesto una sociedad más humana.

Es posible alejarla de la pesadilla de las utopías y convertirla en vehículo para construir un mundo mejor. Es necesario y urgente hacerlo. Hoy no existe una socialdemocracia liberal, democrática y moderna que nos ofrezca, al menos, una propuesta lúcida sobre los aspectos siguientes, de acuerdo con algunas de las ideas de Manuel Castells:

- Generación y distribución equitativa de la riqueza.
- Formación de un Estado de derecho y abandono del actual “país de leyes”.
- La metamorfosis derivada de las tecnologías de la información y de la bioinformática.
- La economía informacional y el proceso de globalización y la sociedad del conocimiento en donde la sociedad mexicana sea sujeto y no sólo objeto del capitalismo.
- Las nuevas organizaciones económico empresariales con funcionamiento en red.
- La creación y transformación del empleo: mano de obra intensiva, trabajadores en red, desempleados y trabajadores de tiempo flexible.
- La cultura de la virtualidad real.
- Las mutaciones del *poder de la identidad* en la sociedad red.
- El movimiento ecologista.

- La situación de la mujer y la organización de las relaciones amorosas.
- El nuevo papel del Estado en la sociedad planetaria.
- El cambio y la crisis permanente.
- Nuevas formas de explotación y nuevas formas de pobreza: bienestar/malestar; bienser/mal ser.

Socialismo y liberalismo se unen no por claudicación de sus ideas originales, sino por imperativo de realismo y de nuevo idealismo: la organización social del trabajo para producir riqueza requiere, exige e impone la formación de hombres y mujeres de altas capacidades técnicas y humanísticas y la generación de conocimientos, verdadera materia prima de la economía informacional y de la sociedad del conocimiento. La tarea es larga y profunda. ¿Existe la voluntad para repensar la socialdemocracia? El tiempo apremia.

Bibliografía

Pierre Ansart. *Les ideologies politiques*. París, Presses Universitaires de France, 1974.

Isaiah Berlin. *El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia*. Madrid, Taurus, 1998.

Norberto Bobbio. *El filósofo y la política. Antología*. México, FCE, 2002.

Cornelius Castoriadis. *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona, Gedisa, 1988.

Arnaldo Córdova. *La ideología de la Revolución Mexicana*. México, Era/UNAM, 1973.

Jürgen Habermas. *La necesidad de revisión de la izquierda*. Madrid, Tecnos, 1996.

Pierre Fougereyrollas. *Sciences sociales et Marxisme*. París, Payot, 1979.

Edgar Morin, Sami Naïr. *Une politique de civilisation*. París, Arlea, 1997.